

La concepción del partido en Lenin: el carácter universal del *Qué Hacer*

Alejandro Kurlat

FFyL - Universidad de Buenos Aires

akurlat@hotmail.com

Resumen

Este artículo tiene por objetivo reconstruir la teoría de partido de Lenin tal como fue presentada en su obra *Qué Hacer*, de 1902. A partir de la identificación de sus núcleos conceptuales, se pretende demostrar el carácter universal de una gran parte de sus postulados, excediendo las particularidades de lugar y tiempo de su escritura. Por otra parte, se intentará también recuperar el sentido original que el autor daba a su concepción del partido, frente a las críticas de otras corrientes de pensamiento que impugnan dicha concepción

Introducción

La Revolución Rusa de 1917 fue una acción histórica de enorme alcance. Por primera vez en la historia, se conformó un nuevo tipo de poder político apoyado en las masas de trabajadores de la ciudad y el campo. Los “soviets”, sus organismos de representación directa, fueron la columna vertebral de ese nuevo Estado. Esta nueva forma de poder, novedosa tanto en su forma como en su contenido social, llevó adelante un profundo programa de transformaciones sociales y económicas, acabando con el capitalismo en Rusia y poniendo los cimientos de una sociedad de nuevo tipo.

En esta experiencia revolucionaria que tuvo por protagonistas directos a millones de personas, hubo un actor en especial que jugó un rol completamente determinante. Se trata del Partido Bolchevique, quien dirigió política y organizativamente la insurrección de octubre y encabezó el gobierno surgido de ella. Esto a la vez fue posible gracias a una condición previa: la lucha política llevada adelante por dicho partido durante siete meses, mediante la cual los bolcheviques ganaron a la mayoría de los soviets para su política de ruptura con el Gobierno Provisional liberal-burgués. Es decir, durante todo el período que siguió a la Revolución de Febrero, la acción del partido permitió ganarse paulatinamente (y también de a saltos) la conciencia, la confianza y la adhesión de la mayoría del movimiento obrero de Rusia. Para lograrlo, los bolcheviques debieron librar una batalla sistemática contra la influencia de las tendencias que en ese momento eran mayoritarias entre los trabajadores (como el partido menchevique y los “socialistas revolucionarios”), y que sostenían una política de colaboración de clases que frenaba el desarrollo de la revolución.

Por ese rol claramente protagónico en la historia de la Revolución Rusa, el Partido Bolchevique de Lenin y Trotsky es objeto de gran cantidad de debates, reflexiones y estudios. Tanto quienes lo examinaron en su mismo periodo histórico como quienes lo hacen desde la actualidad, no lo hacen por un puro ejercicio historiográfico, sino en el marco de un apasionante debate político sobre qué características deben tener las herramientas emancipatorias de los explotados y oprimidos. La discusión acerca de si es necesario o no un partido revolucionario, y qué tipo de partido, sigue atravesando con plena vigencia el campo de quienes se plantean la transformación de la realidad en un sentido socialista.

Ya en su propio momento histórico, a comienzos del siglo XX, el modelo de partido propuesto por Lenin (como base para la organización del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso¹) despertó una fuerte controversia. Al interior de Rusia, esto debió ser conquistado sobre la base de una lucha política contra una serie de tendencias conocidas como “economicistas” o “tradeunionistas” (cuyo contenido desarrollaremos en este artículo). Esta pelea continuó luego también con otros actores: fue la tendencia menchevique la que impugnó el modelo de partido defendido por Lenin, disputa que se hizo especialmente intensa luego de la Revolución de 1905. Por fuera de Rusia, Lenin recibió críticas también desde la izquierda, como fue el caso de la revolucionaria polaco-germana Rosa Luxemburgo (Luxemburgo, 1904).

En la actualidad, existe una amplia corriente de opinión política y académica de tipo “horizontalista” con diversas manifestaciones (anarquistas, autonomistas, etc.) que tienen como punto en común la hostilidad al modelo de partido leninista, considerándolo como intrínsecamente “burocrático” o “autoritario”. Se intenta establecer, a partir de citas fragmentarias, descontextualizadas y mal comprendidas, una línea de continuidad que permita deducir al monolitismo y verticalismo estalinista de las concepciones par-

tidarias de Lenin.

En este artículo nos interesa retomar y desarrollar la concepción del Partido presente en las obras de Lenin, especialmente en la que constituye la “piedra basal” de toda su teoría partidaria: el *Qué Hacer* de 1902. De esta manera, buscamos contribuir a la recuperación de la misma sin distorsiones, exponiendo su lógica y coherencia interna. Esta tarea es de gran interés para ayudar a comprender *qué tipo de partido* fue aquel que pudo (con todos sus alcances y también sus límites) protagonizar la enorme gesta histórica de 1917.

La socialdemocracia rusa, Lenin y el bolchevismo

Para comprender el modelo de partido propuesto por Lenin debemos introducir primero el contexto histórico en el que se formuló el mismo.

En los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX se desarrolló en Rusia un intenso auge del movimiento obrero y sus huelgas, acompañado por una fuerte afluencia de estudiantes e intelectuales al movimiento revolucionario contra la autocracia zarista, y a la corriente marxista en particular. La era del predominio político-ideológico de los grupos populistas y “terroristas” ya había culminado tras la fuerte represión de la década de 1870. En su lugar, florecía ahora la literatura del llamado “marxismo legal”, publicaciones permitidas por la censura zarista donde se presentaban posiciones liberal-burguesas amalgamadas con conceptos marxistas.

En ese marco, y en condiciones de fuerte represión por parte de la policía política zarista -que no permitía ninguna vida política ni sindical por fuera de algunas pocas expresiones inocuas para el régimen-, se desarrollaron gran cantidad de grupos socialistas clandestinos entre los trabajadores y los jóvenes revolucionarios. Dichos grupos se consideraban en términos generales como parte de un mismo partido o por lo menos aspiraban a conformar un partido en común. Desde su primer congreso realizado en 1898, este era el “Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia”, cuya fundación fue más simbólica que real, al carecer de cualquier tipo de estructura organizativa concreta. En los hechos, cada grupo era prácticamente una unidad autónoma, con escasos vínculos con los demás.

Estos grupos socialistas estaban dispersos a lo largo de todo el país, poseían publicaciones propias (folletos y/o periódicos) y diversas orientaciones políticas e ideológicas, aunque todos se referenciaran en un sentido amplio con el marxismo y la Segunda Internacional (en sus diversas tendencias). Algunos de estos grupos inclusive representaban a minorías nacionales y/o utilizaban sus propios idiomas. Otra parte del movimiento socialdemócrata ruso se encontraba exiliado en otros países de Europa como resultado de la deportación. El panorama general era por lo tanto de fragmentación, lo cual se agravaba por la fuerte represión del zarismo que permanentemente disolvía grupos, clausuraba imprentas, etc. Los viejos cuadros marxistas que iniciaron el movimiento socialista ruso en la década de 1880 se encontraban en su mayoría detenidos o deportados, privando a las organizaciones locales rusas de sus dirigentes con mayor tradición y quedando éstas en manos de una nueva camada, más joven y menos preparada. “El ciclo de vida” de esos grupos era bastante corto ya que tendían a ser disueltos rápidamente por la policía, y esto agravaba enormemente las dificultades de organización, favoreciendo el atraso en sus métodos (que Lenin caracterizaba como “artesanales”).

A fines de la década de 1890, se hizo fuerte entre muchos de esos grupos una tenden-

cia conocida como “economicismo” (o “economismo” según la traducción utilizada). Dicha tendencia era considerada por Lenin como un complemento en el terreno de la práctica (y en las condiciones rusas) al revisionismo teórico que Eduard Bernstein desarrollaba en el mismo período en Alemania, y que en Rusia difundían las publicaciones del “marxismo legal”. El objetivo revolucionario quedaba para estas tendencias relegado indefinidamente, mientras la pelea por reformas debía absorber toda la actividad partidaria. Las premisas del “economicismo” eran el desprecio a la acción política del proletariado (para encargarse de ella ya estaban los intelectuales socialdemócratas, desde su punto de vista), así como a todo intento de clarificar teórica y políticamente al movimiento obrero. En su lugar, los socialistas debían limitarse en su interior a la pura agitación económica, despertando a la clase obrera a la vida sindical y poniendo el énfasis en la construcción de organizaciones gremiales (por ejemplo, tomando como modelo a los poderosos sindicatos de Inglaterra, caracterizados por su “empirismo” y alejados del socialismo). A esto se correspondía una apelación a dirigirse al “obrero medio” en vez de a los más avanzados –lo que significaba un llamado a rebajar el nivel de la agitación y la propaganda socialistas-, y a un culto de la “espontaneidad” de las masas obreras, es decir, al desarrollo del movimiento obrero siguiendo la línea de la “menor resistencia”, su tendencia “natural” –sea a donde sea que esta llevara-.

Varias de las publicaciones socialdemócratas del período estaban en manos de los grupos “economicistas”, entre ellas algunas que eran consideradas importantes puntos de referencia para todo el movimiento. Era el caso, por ejemplo, de *Rabóchaya Dielo* (órgano de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el extranjero) y *Rabóchaya Mysl* (órgano de un grupo socialista local de San Petersburgo, en ese momento capital del Imperio Ruso), que Lenin tomaría como interlocutores en sus polémicas del período.

¿Por dónde empezar?

En el ambiente mencionado Lenin desarrolló su preocupación por la construcción de un auténtico partido socialdemócrata, que tuviera una existencia real como organización nacional, unificada y centralizada, y que se basara en los más firmes principios del marxismo revolucionario. Para ello impulsó junto a otros cuadros socialdemócratas rusos exiliados en Europa la creación de “Iskra” (“La Chispa”), un periódico socialista cuyo primer número fue publicado en el año 1900 en Alemania e introducido clandestinamente desde allí en Rusia. Lo que caracterizaba a “Iskra” es que no buscaba ser una más de las decenas de publicaciones socialdemócratas, sino convertirse en la herramienta principal desde la cual revolucionar por completo al partido, transformándose en su órgano central y difundiendo desde allí toda una serie de lineamientos político-organizativos para el conjunto del movimiento. Al año siguiente Lenin publicó en sus páginas el artículo *Por dónde empezar*, donde trazaba el plan maestro del nuevo órgano partidario, explicando toda su importancia política.

Allí se establecía la necesidad de un periódico único y centralizado para toda Rusia, que sirva para uniformizar la línea política del Partido Socialdemócrata en todo el país. Dicho periódico debía ser un medio de agitación y propaganda política sistemática, que cubriera todos los aspectos de la opresión autocrática y la explotación capitalista. De esta manera se proponía superar las decenas de publicaciones y folletos locales, que habían jugado un rol progresivo en su momento–y lo seguían jugando hasta cierto punto- pero actualmente perpetuaban la dispersión, la ausencia de una política unificada y los métodos técnicos y organizativos “artesanales” (es decir, atrasados). El primer

objetivo del “Iskra” era por lo tanto que el Partido Socialdemócrata fuera auténticamente un partido, es decir, una organización política unificada alrededor de una política en común. Esta centralización de la política a través del periódico era al mismo tiempo una precondition necesaria, un primer paso esencial para poder comenzar a avanzar hacia otras formas de coordinación más prácticas.

El segundo aspecto de este periódico es que además debía ser fuertemente *político*: su objetivo no podía ser meramente la agitación económica (que ya se venía realizando y había servido para despertar la actividad del proletariado), sino elevar al proletariado a una comprensión global de la sociedad, el gobierno y sus problemas, así como de su propia misión histórica como sujeto revolucionario. Un periódico así sería una “tribuna” desde la cual se lanzarían las denuncias políticas a todo el proletariado, y a través de este, a todo el pueblo. Los propios obreros en lucha, así como las víctimas de la opresión autocrática en todos los sectores populares, debían apropiarse del periódico para reproducir y amplificar sus propias denuncias, para que lleguen a todos los rincones del país y sirvan para inflamar los ánimos y elevar la comprensión política de las masas.

En tercer lugar, el periódico debía actuar además como un organizador colectivo. Citamos extensamente a Lenin en una cita de gran poder ilustrativo: “En este último sentido se le puede comparar con los andamios se levantan alrededor de un edificio en construcción, que señalan sus contornos, facilitan las relaciones entre los distintos sectores, les ayudan a distribuir el trabajo y observar los resultados generales alcanzados por el trabajo organizado.

Mediante el periódico y en relación con éste, se irá formando por sí misma una organización permanente, que se ocupe no sólo del trabajo local, sino también de la labor general regular, que habitúe a sus miembros para seguir atentamente los acontecimientos políticos, a apreciar su significado y su influencia sobre las distintas capas de la población, a elaborar los medios más adecuados para que el partido revolucionario influya en estos acontecimientos. La sola tarea técnica de asegurar un suministro normal de materiales al periódico y la normalidad de su difusión obliga ya a crear una red de agentes locales del partido único, de agentes que mantengan animadas relaciones entre sí, que conozcan el estado general de las cosas, que se acostumbren a cumplir sistemáticamente las funciones parciales de un trabajo realizado en toda Rusia y que prueben sus fuerzas en la organización de distintas acciones revolucionarios. Esta red de agentes servirá de almacén precisamente para la organización que necesitamos: lo suficientemente grande para abarcar todo el país; lo suficientemente vasta y variada para establecer una rigurosa y detallada división del trabajo; lo suficientemente firme para saber proseguir sin desmayo su labor en todas las circunstancias y en todos los “virajes” y situaciones inesperadas; lo suficientemente flexible para saber, de un lado, rehuir las batallas en campo abierto contra un enemigo que tiene superioridad aplastante de fuerzas, cuando éste concentran toda su fuerza en un punto, pero sabiendo, de otro lado, aprovecharse de la torpeza de movimientos de este enemigo y lanzarse sobre él en el sitio y en el momento en que menos espere ser atacado.”(Lenin, 1901)

Como se puede observar, en su concepción del periódico del partido revolucionario Lenin sienta las bases de toda su concepción acerca del partido, de sus características y de su rol en la lucha de clases. A partir de la centralización de la política, se sucedería la centralización organizativa y la creación de una organización compacta con la fuerza y la capacidad de transformar la realidad.

¿Qué Hacer?

Lenin continuó y profundizó el desarrollo de estas concepciones entre 1901 y 1902 con la publicación del folleto *Qué Hacer*, escrito en gran parte como polémica con las publicaciones socialdemócratas “economicistas” *Rabóchaya Dielo*, *Rabóchaya Mysl* y otras. En el *Qué Hacer* se encuentran presentes las mismas premisas del *Por dónde empezar*, pero aplicadas a un análisis sistemático de la situación del movimiento obrero y del socialismo ruso, así como a la polémica con las tendencias economicistas, y a la realización de una propuesta integral de organización política obrera, revolucionaria y socialista. El *Qué Hacer* contiene de manera condensada gran parte de la concepción de partido leninista, y en especial sus aspectos esenciales. Si bien el *Qué Hacer* respondía a las condiciones específicas de Rusia a comienzos del siglo XX y no intentaba exceder sus límites, sus núcleos conceptuales los trascienden por mucho, postulando algunos principios político-organizativos universales que luego serían parte fundamental del bagaje de la Tercera Internacional y los partidos comunistas inspirados en dicha tradición, como los del trotskismo. Desarrollaremos específicamente estos aspectos en el apartado “Universalidad y ‘particularismos’ en el *Qué Hacer*” de este artículo.

El *Qué Hacer* comienza en su primer capítulo (*Dogmatismo y “libertad de crítica”*) con una defensa de la orientación teórico-política “oficial” del movimiento socialista internacional contra el embate de los *revisionistas*, que tanto en Rusia como en Alemania, en Francia y en otros países pretendían precisamente revisar sus concepciones generales. Bajo la bandera de la “libertad de crítica”, los revisionistas se proponían demoler los postulados centrales del marxismo: la noción misma de una estrategia revolucionaria, de la pelea por la conquista de la independencia política de clase, de la lucha de clases como motor de la historia. Para expresarlo de manera sintética, el revisionismo buscaba transformar los partidos socialistas en partidos de reforma social, suprimiendo su carácter revolucionario y antagónico en relación al régimen dominante. En su lugar, la transición al socialismo sería un proceso gradual de acumulación de conquistas mediante métodos parlamentarios y sindicales, pacíficos, sin quiebres bruscos ni enfrentamientos violentos.

Para Lenin, por el contrario, toda construcción de un partido de la clase obrera debía comenzar por una defensa estricta del carácter revolucionario del marxismo, y de una denuncia explícita de toda tentativa de revisionismo. Por eso el combate de Lenin contra la “libertad de crítica” no debe entenderse como un rechazo genérico, monolítico, a cualquier voz disidente o a cualquier discusión sobre el programa y la orientación. El rechazo leninista a la “libertad de crítica” levantada por los revisionistas significa en el *Qué Hacer* exclusivamente la negación a liquidar el proyecto marxista de partido en función de un proyecto de partido adaptado al sistema.

En este mismo sentido, Lenin rechaza también aquí la tendencia de los “economicistas” rusos a rebajar la importancia de toda teoría en función de un mero pragmatismo: “Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario” (Lenin, 1902). Al “liberar” al marxismo de sus concepciones profundas de la realidad, en la práctica lo que pretendían los revisionistas era “liberar” a la política socialdemócrata de su orientación revolucionaria, y en última instancia de todo vínculo con el proletariado (quedando en mano de sus “representantes” pequeño-burgueses de orientación liberal). La mera “acción práctica” del proletariado, sin teoría que la oriente, solo podía llevar al oportunismo por la vía de los hechos: así, las concepciones revisionistas en el terreno de la política se complementaban perfectamente con el desprecio de la teoría en el terreno de la acción práctica cotidiana, ya que ambas tendían a llevar al proletariado exactamen-

te en la misma dirección: la adaptación al régimen burgués.

En el segundo capítulo (*La espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia*), el *Qué Hacer* se introduce en los problemas de la conciencia de la clase obrera, en contraste con la noción de “espontaneidad”. El postulado central de Lenin en este apartado tiene una enorme importancia teórico-política, y en cierta medida construye un “paradigma” propio, una forma relativamente novedosa de concebir el problema en cuestión, que divide aguas con las lecturas “espontaneístas” del marxismo. Para Lenin, la clase obrera no posee ni puede adquirir *espontáneamente* una conciencia política *socialdemócrata*. El movimiento espontáneo de la clase obrera, orientado y aguijoneado por sus necesidades *económicas*, es en todo caso el “embrión” de su conciencia, pero no llega a superar por sí mismo ese estadio.

Esta condición se desprende la propia situación objetiva de la clase obrera en la sociedad burguesa. El obrero, en su vida cotidiana, en su mera relación de producción asalariada-capitalista, experimenta la explotación y puede llegar a comprenderla hasta cierto punto (odiándola y hasta luchando instintivamente contra ella), pero no puede terminar de conocer “espontáneamente” su naturaleza histórica, económica, social y política². Es decir, no puede conocer por sus propios medios, de manera *científica*, las características del régimen capitalista en su conjunto y en todos sus aspectos. Por eso mismo no puede elaborar de manera “espontánea” una visión del mundo alternativa, antagónica a la de la sociedad burguesa, a su infinidad de representaciones sobre los distintos elementos de la realidad. Por el contrario, la clase obrera tiende “espontáneamente” a estar imbuida de *ideología burguesa*, ya que es la ideología dominante en la sociedad capitalista, y que su régimen político-social reproduce permanentemente por todos los medios (entre ellos, la educación pública, los medios de comunicación masivos, etc.).

Esta incapacidad para romper espontáneamente con la ideología burguesa y desarrollar una conciencia socialista no está en modo alguno relacionado con supuestas “limitaciones” propias (eternas e inmutables) del obrero para adquirir históricamente ese conocimiento -contra lo que sostienen los adversarios del leninismo, Lenin jamás subestimó la capacidad histórica del proletariado, sino exactamente lo contrario-. Esta incapacidad, en cambio, es producto de la naturaleza misma del conocimiento científico: este no nace (en ningún terreno de la realidad) espontáneamente de la actividad cotidiana, de la mera experiencia, sino que es producto de un proceso específico de estudio, reflexión y elaboración, que implica combatir las ideas previamente concebidas que predominan en las mentes de las personas (y que se presentan como “naturales”). Este proceso de formación del conocimiento científico, por sus características, requiere de la dedicación de una gran cantidad de tiempo y recursos (así como de la posesión de un amplio bagaje de conocimientos previos), elementos que bajo la sociedad capitalista tienden a estar restringidos a las clases medias y altas de la sociedad. Por estas razones, sostiene Lenin, el socialismo como teoría, como concepción general de la dinámica de la historia, del capitalismo y de su posible superación revolucionaria, no fue un producto “espontáneo” del movimiento obrero, sino que tuvo su origen histórico en los *intelectuales revolucionarios* (como fue el caso de Marx y Engels). En el caso ruso, este fue el rol cumplido por el grupo *Emancipación del Trabajo*, que sentó en la década de 1880 las primeras bases del desarrollo teórico-político-ideológico del socialismo en Rusia, y atrajo para esta concepción a gran cantidad de jóvenes revolucionarios que se encargaron de difundirlo.

En este sentido (y solo en este sentido), Lenin retoma la concepción del teórico socialdemócrata alemán Karl Kautsky: el socialismo en tanto teoría y cosmovisión fue introducido en el movimiento obrero “desde afuera”, a partir de la labor histórica de la inte-

lectualidad revolucionaria. Esta cita³ ha dado lugar a enormes debates, con los detractores de Lenin acusándolo de querer establecer una “dictadura” de los intelectuales sobre los obreros (tomando en parte como ejemplo el derrotero posterior que siguió la socialdemocracia alemana inspirada por el mismo Kautsky). Pero Lenin no sostiene aquí una preeminencia histórica, universal y permanente de los intelectuales sobre los obreros. Por el contrario, se limita a señalar que el socialismo no fue un producto *espontáneo*, que su origen histórico no fue la experiencia misma de los obreros, sino el producto de una elaboración *científica* específica.

En términos históricos –podemos agregar aquí–, una vez que esa teoría socialista fue elaborada (tanto en Europa en general como en Rusia en particular), ésta atravesó un proceso de *síntesis* con sectores de la vanguardia obrera (es decir de los obreros más lúcidos y combativos), que fue precisamente la formación de los partidos socialistas de la clase obrera. A partir de su existencia, Lenin ya no considera como diferencia central (en cuanto a la conciencia política) a aquella existente entre los “intelectuales revolucionarios” y los “obrerros” como *categorías sociológicas* (D. Bensaid, citado en Sáenz, 2009). Al interior de la organización revolucionaria socialista, esta distinción pasa a carecer de toda significación: todos sus miembros tienden a ser igualados⁴ en tanto militantes con conciencia política socialista, sea cual sea su extracción social y su rol en las relaciones de producción.

Por el contrario, para Lenin, la distinción central en Rusia en el período en que el escribe pasa a ser entre los *revolucionarios profesionales* (es decir, los miembros de la organización política revolucionaria socialista, independientemente de que su origen sea “obrero” o “intelectual” y de su rol en la producción), que poseen una conciencia política socialista, y la gran masa obrera que todavía carece de ella. En estos últimos lo que predomina según Lenin es una conciencia “tradeunionista” (por *Trade Union*, palabra inglesa para referirse a los sindicatos): pueden comprender su situación de explotación, pueden organizarse y luchar por mejoras, pueden tender inclusive a realizar formas de acción política destinada a mejorar su situación. Pero sin una conciencia política socialista, los obreros realizan todo lo anterior en el marco de una ideología globalmente *burguesa*, es decir, dentro de las representaciones de la realidad económica, política y social provistas por la clase dominante.

Por lo tanto, la acción meramente “espontánea” de la clase obrera, la experiencia de lucha de los trabajadores sin la mediación y el proceso de síntesis con un partido socialista de su clase, solo puede seguir la línea de esa conciencia “tradeunionista”: no puede en términos generales tender a romper con el régimen político, económico y social vigente y a reemplazarlo por otro radicalmente diferente. El desarrollo espontáneo del movimiento obrero lo lleva en definitiva a constituirse como un movimiento obrero *no socialista*, sino subordinado a la política burguesa⁵: a transformarse en la mera pata “obrero” o “sindical” del régimen existente, de sus partidos políticos e instituciones conservadoras, con el conjunto de representaciones ideológicas que llevan asociadas. Este es el límite histórico que Lenin señala en el *Qué Hacer*: la mera *espontaneidad*, sino se transforma en *conciencia socialista*, no puede jugar un rol realmente revolucionario. Por eso la acción del partido socialdemócrata debe estar en las antípodas del *culto a la espontaneidad* que cultivan los “economicistas”: de lo que se trata es de combatirla, transformando lo espontáneo en consciente. La tarea del partido socialdemócrata es precisamente *eleva*r a la gran masa obrera al nivel de conciencia política socialista, para que pueda estar a la altura de su tarea histórica. Lenin pone como ejemplo exitoso de lo anterior la política realizada en ese periodo por el Partido Obrero Socialdemócrata Alemán,

a través de la cual se consiguió arrancar a la gran mayoría del movimiento obrero de la influencia del liberalismo burgués, convirtiéndolo en un bastión del socialismo.

En el tercer capítulo del *Qué Hacer (Política tradeunionista y política socialdemócrata)*, Lenin lleva a esta conclusión a otro terreno: la relación entre la lucha económica y la lucha política. Al contrario de lo que sostiene la tendencia “economicista” contra la cual debate, la política *no sigue dócilmente a la economía*. Son esferas relativamente autónomas que, aunque estén interrelacionadas, poseen sus propias reglas y características. Si bien la agitación económica entre los obreros (por salario, condiciones de trabajo, jornada laboral, etc.) tiene un enorme valor para movilizarlos, agudizar la lucha de clases y aportar cierto desarrollo a su conciencia, por sí sola no es todavía una lucha política socialista ni puede llegar a serla espontáneamente. Citamos a Lenin: “Estas denuncias podían convertirse (siempre que las aprovechara en cierto grado la organización de los revolucionarios) en punto de partida y elemento integrante de la actividad socialdemócrata, pero podían conducir también (y, con el culto a la espontaneidad, debían conducir) a la lucha “exclusivamente sindical” y a un movimiento obrero no socialdemócrata” (Lenin, 1902).

Para Lenin esto es así inclusive si, como resultado de la lucha sindical de los obreros, interviene la policía para reprimirlos (como suele ocurrir), haciéndolos chocar *en el marco de la lucha económica* con su gobierno y con todo el régimen político vigente. En esos casos en los que la propia lucha económica empieza a teñirse de un carácter político, aunque signifiquen una valiosa experiencia para la clase, siguen estando restringidos a la esfera de las vivencias inmediatas de la clase, que tienden a ocurrir “espontáneamente” y que por sí mismas no alcanzan para una elevación política global de la conciencia.

De esto se desprende que no sirve de nada limitar la agitación del partido socialista entre los obreros al terreno meramente económico, sindical (ni siquiera realizando sobre ese terreno una agitación política). Por el contrario, la actividad principal del partido debe ser la agitación en el terreno *específicamente político*: la denuncia sistemática del régimen vigente (en el caso ruso, la autocracia zarista, con su pesada bota de censura policial), de las distintas manifestaciones de la opresión sobre el conjunto de los sectores sociales, partiendo de cada acontecimiento concreto donde estas ocurran. El partido y sus publicaciones deben ser una tribuna de denuncias políticas que recojan estas problemáticas para que la clase obrera pueda comenzar a comprenderlas en su globalidad: solo de esta manera se la puede preparar para elevarse a la pelea por el poder. Citamos a Lenin: “La conciencia de la clase obrera no puede ser una verdadera conciencia política si los obreros no están acostumbrados a hacerse eco de todos los casos de arbitrariedad y de opresión, de todos los abusos y violencias, cualesquiera que sean las clases afectadas; a hacerse eco, además, desde el punto de vista socialdemócrata, y no desde algún otro... la conciencia de las masas obreras no puede ser una verdadera conciencia de clase si los obreros no aprenden –basándose en hechos y acontecimientos políticos concretos y, además, actuales sin falta – a observar a cada una de las otras clases sociales en todas las manifestaciones de su vida intelectual, moral y política; si no aprenden a hacer un análisis materialista y una apreciación materialista de todos los aspectos de la actividad y la vida de todas las clases, sectores y grupos de la población” (Lenin, 1902). Como puede verse en esta cita, la educación política del proletariado, su elevación para la comprensión de la sociedad en sus diversos aspectos, es un objetivo fundamental del partido. Se busca aquí desarrollar una nueva forma global de entender la realidad acorde a las concepciones socialistas, ampliando sus horizontes y desterrando las

concepciones de sentido común burguesas.

Por otra parte, la agitación política es un aguijón para la movilización inmediata de los trabajadores, para su incorporación a la lucha, en muchos casos inclusive más poderoso que la propia pelea económica. Los obreros no solo son oprimidos en cuanto a su salario o condiciones laborales, sino que suelen serlo también en muchos otros aspectos que exceden a la relación económica con sus patrones. Toda la esfera de las relaciones entre los trabajadores y el Estado capitalista (autocrático-zarista en el caso ruso desarrollado por Lenin⁶), así como entre el Estado capitalista y todas las otras capas explotadas y oprimidas de la sociedad, es una fuente inagotable de abusos (que se desprenden de la misma naturaleza de clase del Estado), y por lo tanto de motivos para la indignación y la movilización de los trabajadores, y para su alianza con esos otros sectores que también sufren opresiones.

Lenin resalta también que es precisamente esto lo que distingue a la socialdemocracia de los sindicatos apolíticos y de los reformadores burgueses: los socialistas no buscan solamente “mejoras económicas” para los obreros, sino que luchan por transformar el régimen en su conjunto. Por eso la acción política socialista no puede significar solamente presentar proyectos de ley acerca del salario, la jornada laboral, las jubilaciones u otras condiciones meramente económicas. Los socialistas deben cuestionar todas las bases del régimen político, económico y social de la burguesía, y preparar las condiciones para tirarlo abajo y reemplazarlo por otro construido sobre la hegemonía de los explotados y oprimidos. La pelea de la clase obrera no puede limitarse exclusivamente a buscar obtener “resultados palpables e inmediatos”: su tarea histórica es mucho mayor, y sin ella la pelea puramente económica pierde toda significación realmente transformadora. Por esta misma razón, la política de la socialdemocracia no puede tener por interlocutor privilegiado al “obrero medio”, con prejuicios y escaso nivel de comprensión política, sino que se dirige esencialmente a los obreros avanzados, a la minoría con mayor lucidez y combatividad, que puede asimilar con mayor facilidad estas cuestiones. Es a través de la conquista política de esa vanguardia que se puede avanzar hacia la influencia y hegemonía sobre el conjunto de las masas obreras.

De todo lo anterior se desprende una conclusión de gran importancia. El militante político socialista no puede ser concebido de la misma manera que un militante sindical: tiene objetivos, métodos y características completamente diferentes. El militante socialista debe ser un “tribuno popular”, presentándose ante todas las clases y capas de la sociedad como defensor de los intereses del conjunto de los explotados y oprimidos, y como enemigo acérrimo del régimen político burgués (y del conjunto de sus instituciones). Debe ponerse siempre a la vanguardia de las diferentes expresiones de la lucha popular contra ese régimen, impulsándola y dirigiéndola desde el punto de vista socialista. El militante socialista ideal debe ser por lo tanto un *líder político* de las masas, capaz de brindarles un curso de acción. Por esto mismo el periódico político socialista debe jugar un rol central en la acción del militante, como “tribuna” y caja de resonancia del conjunto de la política partidaria, como agitador, propagandista y organizador colectivo, tal como había sido desarrollado en *Por dónde empezar*.

En el cuarto capítulo (*El primitivismo en el trabajo de los economistas y la organización de los revolucionarios*), Lenin retoma esta premisa y la desarrolla en toda su extensión. Si la lucha meramente económica y la lucha política socialdemócrata tienen rasgos completamente diferentes, el tipo de organización que va asociada a cada una también debe tenerlos. La lucha económica tiene por objetivo obtener mejoras más o menos inmediatas en las condiciones materiales de vida de los trabajadores, a través de la lucha

contra los patrones y el gobierno. Por su naturaleza, este tipo de lucha requiere del involucramiento de la mayor cantidad de obreros posibles: en términos ideales, su organización asociada debe ser por lo tanto ser lo más amplia posible (sin restricciones político-ideológicas y sin necesidad de un grado de compromiso permanente generalizado de sus miembros), lo más legal posible, y debe agrupar a los trabajadores sobre la base de su lugar en la producción (es decir, de su profesión/oficio o rama industrial). Esto es exactamente lo que en Occidente se conoce como “sindicatos” o gremios obreros.

Por el contrario, la lucha política revolucionaria tiene otro objetivo completamente diferente: derrocar al régimen político vigente (como la autocracia rusa en el caso del *Qué Hacer*) y establecer la dictadura del proletariado, es decir, su dominación política sobre el conjunto de la sociedad. Las tareas preparatorias para este objetivo tienen características completamente diferentes a las de la lucha económica. En primer lugar, estas abarcan centralmente a aquellos individuos que comparten ese objetivo, es decir, a quienes ya poseen una conciencia política socialista. La naturaleza de esa tarea es esencialmente *conspirativa*: requiere enfrentar de manera permanente la represión y la censura, luchando por derrotar (inclusive por medios insurreccionales cuando llegue el momento) a todo el Estado burgués. Exige un grado de compromiso y regularidad mucho mayor, porque implica desplegar una actividad política y organizativa sostenida, ininterrumpida. El tipo de organización que exige estas tareas es, entonces, todo lo opuesto a la de la organización sindical: debe ser una organización *delimitada y restringida* (es decir, que seleccione estrictamente a sus miembros), con un cierto grado permanente de clandestinidad (mayor mientras más represivo sea el régimen político). En su interior, no debe haber ningún tipo de división intrínseca entre miembros de una u otra profesión, entre obreros o intelectuales etc. Por el contrario, todos están igualados en la “profesión” de la militancia revolucionaria. En el caso de los cuadros obreros más destacados, Lenin plantea incluso la posibilidad de que el partido los sostenga económicamente para que puedan dedicar todo su tiempo a la militancia, moverse de localidad, pasar a la clandestinidad, etc., sin estar atados a sus trabajos.

Lenin afirma que es precisamente este segundo tipo de organización el que es necesario desarrollar en las condiciones de Rusia de comienzos del siglo XX. Su objetivo central es formar una camada de *revolucionarios profesionales* adiestrados durante años en lucha contra la policía política, capaces de eludir las detenciones y de mantener su actividad a lo largo del tiempo. Dichos militantes también se formarían en el terreno teórico y político, y en el terreno organizativo y práctico. De esta manera, serían capaces de cumplir con su función de contribuir a la educación política del proletariado, de organizar a las masas populares y liderarlas en su lucha contra el régimen, etc. Un núcleo sólido, compacto y bien preparado (en todos los terrenos) de *revolucionarios profesionales* no solo sería una condición indispensable para preparar a la clase obrera para la pelea por el poder. También potenciaría la propia lucha económica cotidiana de los trabajadores⁷: al concentrar dichos cuadros en sus manos las funciones clandestinas en la pelea sindical (permitiendo quebrar también allí la represión y censura del régimen), así como aportar toda su capacidad y experiencia político-organizativa acumulada durante años, los sindicatos se verían enormemente fortalecidos, se multiplicaría la participación de las masas obreras, y el movimiento obrero en su conjunto se desarrollaría estrechamente ligado al partido socialista.

La organización política de los revolucionarios profesionales debía estar fuertemente centralizada, permitiendo actuar como una sola unidad, aplicando su política con firmeza y midiendo el termómetro de la situación a escala nacional para saber cuándo y

cómo actuar, sin dejarse llevar por impulsos irreflexivos. Esto preservaría a la organización (y al propio proletariado) de los estallidos espontáneos en condiciones inconvenientes, así como de los brotes “terroristas” de izquierda, que pudieran forzar a un combate armado contra el régimen en condiciones donde la relación de fuerzas no sea todavía favorable⁸. Al mismo tiempo, permitiría al partido conocer el momento donde sus enemigos están más débiles y dispersos y las propias fuerzas más concentradas, posibilitando pasar al ataque sin desaprovechar la oportunidad favorable.

Una organización de estas características, dice Lenin, no se puede pretender que sea “ampliamente democrática” como exigen sus críticos, inspirados en el funcionamiento de los partidos socialistas de Occidente. Un funcionamiento democrático con esas características exigiría dos condiciones: que el carácter de la organización sea público, y que sus dirigentes sean elegibles en todos los niveles y por todos los miembros. Pero estas dos condiciones no pueden ser cumplidas en caso de una estricta clandestinidad⁹: si sus militantes y sus dirigentes deben, para sobrevivir, mantenerse ocultos inclusive con respecto al resto de los miembros del partido, los principios de publicidad y elegibilidad son impracticables. En las condiciones rusas, por lo tanto, los aspectos democráticos del régimen partidario deberán ser proporcionales al grado de legalidad que pueda obtener el partido, es decir, inversamente proporcionales a la represión autocrática.

Por eso Lenin plantea otros principios muy diferentes en el terreno del régimen de partido: “El único principio de organización serio a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento ha de ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de los afiliados y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades, está asegurado algo mucho más importante que el “ambiente democrático”, a saber: la plena confianza mutua, propia de camaradas, entre los revolucionarios. Y es indiscutible que necesitamos más esta confianza porque en Rusia no se puede ni hablar de sustituirla por un control democrático general.” (Lenin, 1902). Como se puede ver, Lenin no rechaza aquí la democracia partidaria en abstracto, no se opone a ella en función de ninguna visión “verticalista” o “iluminada”: no hay el menor rastro de la supuesta pretensión de “infalibilidad del comité central” de la que lo acusan sus críticos como Rosa Luxemburgo (Luxemburgo, 1904)-y que más tarde adoptaría el estalinismo como dogma, rompiendo con la tradición bolchevique. Las consideraciones organizativas en Lenin son puramente concretas, relacionadas a las condiciones específicas de tiempo y lugar (Broué, 1973).

Un último aspecto que desarrolla Lenin en el terreno organizativo es la naturaleza de la centralización que propone. Aquí explica la importancia de fortalecer los organismos centrales del partido a nivel nacional, especialmente el periódico político central. La tarea de los organismos locales no se vería perjudicada por esto último¹⁰. Por el contrario, tendría enormes beneficios para ellos: el periódico central puede tener mucho más regularidad y calidad técnica que los periódicos locales, puede tener mucho mayor nivel político y firmeza de principios, puede establecer una orientación uniforme para todo el país, puede aportar a todos los miembros el fruto de la experiencia colectiva de todo el partido. Pero, además, libera a los organismos locales de la tarea de tener que realizar ellos mismos sus propias publicaciones clandestinas, con el enorme gasto de tiempo y energía que esto conlleva, y que trae resultados mucho peores. El fortalecimiento del periódico central sería un enorme apoyo a la actividad de las organizaciones locales, a la vez que serviría para formar otras nuevas sirviendo como guía general: permite tanto la extensión como la elevación del movimiento socialista.

La misma lógica aplica en todos los aspectos. La centralización de las funciones implica mejorar la división del trabajo (y por lo tanto economizar fuerzas militantes), implica profesionalizar los métodos y mejorar enormemente los resultados, permitiendo al partido estar a la vanguardia de las técnicas modernas y no en su retaguardia (en el “artesano”).

Estas citas permiten comprender que Lenin está muy lejos de pensar la centralización en términos de una actitud “vigilante” del centro hacia los organismos locales, de un “control militar” encargado de “restringir” la energía e iniciativa revolucionaria de los obreros. Estas fueron las acusaciones que le fueron realizadas, por ejemplo, en 1904 por la revolucionaria Rosa Luxemburgo. Por el contrario, para Lenin la centralización se trata de un principio de unificación y elevación de la actividad del partido, sobre la base de maximizar su nivel político, la firmeza de principios, la profesionalidad de los métodos y la calidad de la división del trabajo. De esta manera busca levantar, en términos metafóricos, un “ejército regular” del proletariado, que pueda fundirse con la masa pero sin disolverse, que pueda marchar siempre a su frente para derrotar al régimen autocrático-burgués.

Universalidad y “particularismos” en el *Qué Hacer*

El *Qué Hacer* plantea una serie de principios políticos y organizativos que configuran un proyecto de partido político revolucionario, obrero y socialista. El Partido Obrero Socialdemócrata Ruso adoptó parcialmente sus tesis, no sin divisiones al respecto (con la tendencia menchevique impugnando en un comienzo algunas de ellas y desarrollando con el tiempo otro modelo de partido completamente diferente). Tras varias idas y venidas, avances y retrocesos, el Partido Bolchevique forjado por Lenin se construyó en términos generales alrededor de esos principios, aunque siempre teniendo en cuenta que muchas de sus consideraciones son tácticas y están relacionadas a condiciones específicas, variables. Esto quiere decir que sus aspectos más puramente organizativos poseen una dosis de flexibilidad, tal como fue reflejado por la historia del mismo Partido Bolchevique -en el que inclusive el mismo Lenin propuso recetas organizativas diferentes para situaciones diferentes (Broué, 1973).

Muchas de las consideraciones y propuestas del *Qué Hacer* parten de la premisa de que el partido está forzado a llevar adelante una actividad en gran medida ilegal, forzada por la represión autocrática. Estas consideraciones reflejaban las condiciones de la Rusia zarista, y distaban mucho (ya en su propia época) de las condiciones reinantes en Occidente, donde los partidos obreros socialistas gozaban de una libertad mucho mayor. Es importante señalar que, más allá de estas particularidades, Lenin tomaba a esos partidos como referencia: especialmente en el caso alemán, Lenin consideraba a su Partido Socialdemócrata (con millones de votantes y una poderosísima organización política y sindical) como un ejemplo a imitar. Lenin consideraba que las propuestas contenidas en el *Qué Hacer* eran una aplicación a las condiciones rusas de las premisas generales de la socialdemocracia europea.

El estallido de la Primera Guerra mundial en 1914, y la consecuente división del movimiento socialista internacional en un ala oportunista (“socialchovinista” en términos de Lenin) y un ala internacionalista, revolucionaria, arrojó luz sobre procesos de degeneración mucho más profundos en los partidos occidentales. Estos procesos no fueron captados por Lenin en su momento (aunque sí fueron agudamente anticipados, por lo menos en parte, por Rosa Luxemburgo). Sin embargo, el Partido Bolchevique se

constituyó (por sus propias concepciones y énfasis) sobre bases muy diferentes a esos partidos, lo que le permitió evitar toda adaptación al régimen político y social vigente. Las premisas del *Qué Hacer* no son exactamente las mismas que las de la socialdemocracia occidental. La insistencia en la creación de un partido de cuadros, fuertemente centralizado y delimitado, de carácter conspirativo, sobre bases teóricas y políticas revolucionarias firmes, que combatiera contra todo eclecticismo y pragmatismo, que avanzara a contracorriente de la tendencia espontánea del proletariado, etc., lo forjó como una herramienta de combate con una solidez infinitamente mayor a la de sus pares de Europa. Si bien esto fue también enormemente favorecido por las condiciones objetivas de Rusia (donde la cerrada represión zarista no “abría el juego” a la adaptación por la vía del parlamentarismo y el sindicalismo legal, a diferencia del caso alemán), el aporte original de Lenin sin duda alguna jugó un rol fundamental.

Es aquí donde nos interesa introducirnos en el debate sobre la “universalidad” del *Qué Hacer*. ¿Puede considerarse que sus premisas solamente sean válidas para los países sin ningún grado de libertad política ni sindical? Aquí sostendremos la opinión opuesta. El aspecto “clandestino” de la lógica planteada en el *Qué Hacer* es solo uno de sus componentes. Inclusive en este terreno, todo partido que tenga un carácter “conspirativo” debe por lógica mantener algún grado de clandestinidad, por más que actúe en un marco de amplias libertades políticas, ya que en última instancia no deja de ser una organización de combate contra el régimen vigente. Pero el aporte más universal está relacionado con otro aspecto: sus concepciones sobre la conciencia y la espontaneidad, sobre la lucha económica y la lucha política, sobre la naturaleza específica de una organización política revolucionaria.

En este sentido, la categoría de “revolucionario profesional” excede a la cuestión puramente “técnica” del entrenamiento para eludir a la policía y la censura, más allá de que ese haya sido el énfasis principal del *Qué Hacer*. Del conjunto de su obra se desprende que sus características son mucho más profundas: se trata esencialmente del *militante político socialista*. Como tal, su rol es precisamente intervenir en la lucha de clases (en todas sus manifestaciones, sean económicas, sociales, políticas, electorales-parlamentarias, culturales, etc.) siempre con la perspectiva de elevar el nivel de conciencia de los trabajadores, para que adquieran y desarrollen una comprensión *socialista* de la realidad, para que conquisten su independencia de clase, para que desplieguen su propia acción política de clase orientada a la pelea por el poder.

Esta categoría sigue estando estructuralmente diferenciada de otras que reflejan simplemente la mera situación objetiva de los trabajadores (es decir, su lugar en la producción), o de las formas de lucha económica-reivindicativa que se desprenden más o menos “espontáneamente” de ella. El militante político socialista no es un mero “sindicalista” o un “luchador”. De la misma manera, la organización política socialista no coincide con las meras organizaciones gremiales o con los movimientos sociales, tal como sostiene Roberto Sáenz en su artículo sobre la vigencia del *Qué Hacer* en el siglo XXI (Sáenz, 2009). La organización política socialista interviene en dichos movimientos y peleas reivindicativas, las impulsa hasta el final (y siempre con el objetivo de ganarlas), estimula siempre todas las formas de organización independiente de los trabajadores y los sectores populares (desde los sindicatos hasta las formas mucho más radicalizadas, de tipo “soviético”). Pero lo hace siempre con su propio punto de vista y sus propios objetivos, que exceden por mucho el puro “inmediatismo”, y que remiten a la pelea histórica-estratégica para acabar con toda forma de explotación y de opresión.

Conclusiones

En este punto, retomamos entonces las críticas que se le suelen hacer al *Qué Hacer* (y al partido leninista en general) desde las corrientes de tipo “horizontalista” (autonomistas, anarquistas, “luxemburguistas”, etc.). Por su énfasis en el combate contra la espontaneidad, en la necesidad de una organización política claramente delimitada (y que por sus rasgos no puede más que ser minoritaria durante un largo periodo histórico), en su pelea por ir a “contracorriente” de las formas de conciencia predominantes, por la necesidad de la centralización organizativa, etc., se suele acusar al partido leninista de “temer a la acción de las masas” y de “pretender controlarlas”, cumpliendo un rol *conservador* y hasta *burocrático*. Se hace de esta manera una traslación mecánica de la concepción de los partidos socialdemócratas *reformistas* de Europa Occidental, de raíz kautskiana, cuyo objetivo era encuadrar a la clase obrera para someterla a un parlamentarismo inocuo, adaptado al régimen. También se intenta señalar en el partido de Lenin a un “precursor” de los partidos monolíticos y verticalistas de la era de Stalin (o sus herederos históricos), que niegan toda importancia de la acción autónoma, consciente y democrática de las masas obreras.

Pero estas críticas pierden de vista lo esencial: que, para Lenin, el peligro de la “espontaneidad de las masas” no es que las lleve “demasiado lejos” en la lucha contra el régimen, o que les otorgue “demasiada centralidad”. Se trata exactamente de lo contrario: Lenin consideraba que la mera espontaneidad nunca puede llevar a las masas *lo suficientemente lejos* en su ruptura con el poder de la burguesía, nunca las puede *ubicar lo suficientemente en el centro del proceso histórico*. Los posibles estallidos episódicos de las masas, inclusive en los casos de mayor radicalización (donde el enfrentamiento adquiere “espontáneamente” formas insurreccionales), pueden ser enormemente valiosos para la experiencia proletaria, pero no son más que episodios efímeros sin una cristalización en forma de conciencia y organización *permanentes*. El problema no es *controlar* estos estallidos (en el peor de los casos, se tratará de evitar que lleven a un enfrentamiento decisivo prematuro con las fuerzas militares del régimen, para que no culminen en una derrota irreversible por un largo periodo). Se trata, en cambio, de asegurar las condiciones para la transformación del proletariado en un “*ejército regular*”, capaz de luchar para ganar la guerra de clases, de obtener una *victoria decisiva*.

El combate histórico de Lenin por *elevar políticamente a la clase obrera* tenía por objetivo ubicarla como protagonista central de la historia, no sustituirla, rebajarla ni someterla. La experiencia misma de la Revolución Rusa, con el papel jugado por el Partido Bolchevique en los *soviets* obreros, demuestra que su concepción partía siempre de la misma premisa: ganar la conciencia de los trabajadores para que sean ellos mismos quienes derroten a la burguesía y tomen el poder en sus manos. Si bien esta experiencia histórica fue posterior al *Qué Hacer* (y por eso mismo no pudo ser sistematizada en dicha obra), sí fue incorporada -poco antes de la revolución de Octubre- en el folleto *El Estado y la Revolución*, reivindicando la centralidad de la clase obrera en el poder según el modelo de la Comuna de París (Lenin, 1917).

La degeneración burocrática de la URSS, que barrió del poder a la clase obrera y la reemplazó por una capa social privilegiada (encabezada por Stalin y luego por sus sucesores), deformó estas concepciones para transformarlas en su opuesto. Al vaciamiento de los *soviets* como organismos de poder y la liquidación de todo atisbo de democracia proletaria en la URSS, le correspondió también el vaciamiento de los Partidos Comunistas de todo el mundo, convirtiéndolos en aparatos verticalistas, monolíticos y burocráticos.

Así las concepciones del *Qué Hacer* -como orientación para la construcción de partidos revolucionarios- fueron reemplazadas por otras completamente diferentes. Al interior de la propia URSS y de los países donde el capitalismo fue expropiado, el proletariado era simplemente *mano de obra*, sin ningún rol político destacado. Toda la tarea de gobernar recayó exclusivamente en manos de la cúpula partidaria y su enorme estructura burocrática. La conciencia política de los trabajadores, por lo tanto, no jugaba aquí ningún rol: ya no se trataba, como en el *Qué Hacer*, de elevar esa conciencia, sino de embrutecerla y despolitizarla.

En los países donde subsistió el capitalismo, los Partidos Comunistas estalinizados regresaron a la vieja lógica del reformismo socialdemócrata de “enchalecar” al proletariado en el parlamentarismo, el sindicalismo y la colaboración de clases. Aquí la tarea ya no podía ser elevar políticamente a la clase obrera, conquistar la independencia de clase y pelear por el poder. Por el contrario, todos esos elementos se volvieron obstáculos a vencer: el rol histórico del estalinismo en los procesos revolucionarios del siglo XX fue el de *rebajar la conciencia política de los obreros* (reemplazándolo por una mera lógica reivindicativa y reformista), *quitar al proletariado toda centralidad histórica y someterlo al régimen burgués*.

A este cambio de concepción sobre la relación entre el partido y la clase le correspondió una nueva concepción sobre el propio partido revolucionario. Así se desarrollaron las nociones de un *partido único*, “iluminado”, que baja “desde arriba” una orientación rígida que debe ser acatada a rajatabla, donde sus principales dirigentes son “infalibles”, donde las masas no juegan ningún rol (como tampoco las propias bases del partido), con su correspondiente *culto a la personalidad*, ahogamiento de toda posibilidad de discusión interna, etc. Como se intentó desarrollar en este artículo, todas esas concepciones nada tienen que ver con la teoría de partido de Lenin, sino que son el producto puro de esta degeneración estalinista.

Cualquier discusión sobre la construcción de herramientas políticas emancipatorias en el siglo XXI debe partir, por lo tanto, de la recuperación de las concepciones del *Qué Hacer* tal como fueron formuladas por Lenin, y no de sus falsificaciones, deformaciones o lecturas unilaterales. Su estudio y reflexión (con sus necesarios elementos de crítica, debate y actualización) son tareas obligadas para todo aquel que se plantee la tarea de transformar la realidad.

Notas

¹ Desde la década de 1870 y hasta la Primera Guerra Mundial (1914), el término “socialdemócrata” era utilizado por el conjunto del marxismo como sinónimo de “socialista” o “comunista”. En dicho período no significaba (como sí ocurrió posteriormente) una distinción entre las tendencias reformista y revolucionaria del movimiento socialista internacional, ya que dicha diferenciación todavía no había terminado de cristalizar ante los ojos de sus propios protagonistas. Solo a partir del triunfo de la Revolución de Octubre y de la toma del poder por los bolcheviques, su partido se renombró como “Partido Comunista” y se dejó de utilizar definitivamente el término “socialdemócrata” como designación del ala revolucionaria del movimiento socialista. Desde ese momento el término “socialdemócrata” adquirió la connotación utilizada actualmente como sinónimo de socialismo reformista o liberal.

² “Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser traída desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas sólo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. De igual modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independiente por completo del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e ineludible del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas. (...)” (Lenin, 1902)

³ “La conciencia socialista moderna sólo puede surgir de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es premisa de la producción socialista en el mismo grado que, pongamos por caso, la técnica moderna; y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra; de la ciencia no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa (subrayado por C. K.): es del cerebro de algunos miembros de este sector de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clase del proletariado, allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera (von außen Hineingetragen) en la lucha de clase del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente (urwüchsig) dentro de ella. De acuerdo con esto, ya el viejo programa de Heinfeld decía, con toda razón, que es tarea de la socialdemocracia introducir en el proletariado la conciencia (literalmente: llenar al proletariado de ella) de su situación y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases.” (Kautsky, Karl, citado en Lenin, 1902)

⁴ La persistencia, al interior de los partidos socialistas de Europa occidental, de una marcada diferencia entre “intelectuales” y “obreros” como categorías sociales radicalmente desiguales (que denunciaría de manera apasionada Rosa Luxemburgo sobre el caso alemán), no es un rasgo propio de la teoría leninista (ni siquiera de la propia teoría de la socialdemocracia alemana), sino que es propio de la degeneración oportunista de la Segunda Internacional y sus partidos, que colocó a la capa de parlamentarios, periodistas y “hombres de aparato” por encima de la masa obrera. Esto va íntimamente asociado a la transformación de esos partidos en máquinas parlamentarias y sindicales adaptadas al régimen burgués, perdiendo no solo su carácter revolucionario, sino en última instancia su carácter obrero y de independencia de clase.

⁵ “Pero, preguntará el lector: ¿por qué el movimiento espontáneo, el movimiento por la línea de la menor resistencia, conduce precisamente al predominio de la ideología burguesa? Por la sencilla razón de que la ideología burguesa es, por su origen, mucho más antigua que la ideología socialista, porque su elaboración es más completa y porque posee medios de difusión incomparablemente mayores.” (Lenin, 1902)

⁶ Si bien Lenin hace eje particularmente en las formas de opresión policial y censura propias del absolutismo monárquico, puede utilizarse la misma lógica en relación a las otras formas de dominación capitalista, como la parlamentaria-democrática (que posee un conjunto de formas de opresión más sutiles, pero no por ello menos reales).

⁷ “La centralización de las funciones más clandestinas por la organización de revolucionarios no debilitará, sino que reforzará la amplitud y el contenido de la actividad de un gran número de otras organizaciones destinadas a las vastas masas y, por ello, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posible: sindicatos obreros, círculos obreros culturales y de lectura de publicaciones clandestinas, círculos socialistas, y democráticos también, para todos los demás sectores de la población, etc., etc.” (Lenin, 1902)

⁸ Esta preocupación marca un contraste con la actuación del Partido Comunista Alemán apenas fue fundado en enero de 1919. Guiado por concepciones más “espontaneístas”, se lanzó a una insurrección sin la preparación política suficiente, que terminó en una horrible derrota. Sus principales dirigentes (Rosa Luxemburgo y Karl

Liebknicht) fueron asesinados en consecuencia por la contrarrevolución, descabezando al proletariado revolucionario alemán.

⁹ “¡Pero prueben ustedes a encajar este cuadro en el marco de nuestra autocracia! ¿Es acaso concebible entre nosotros que “todo el que acepte los principios del programa del partido y ayude al partido en la medida de sus fuerzas” controle cada paso del revolucionario clandestino? ¿Qué todos elijan a uno o a otro entre estos últimos, cuando, el bien de su trabajo, el revolucionario está obligado a ocultar su verdadera personalidad a las nueve décimas partes de esos “todos”?” (Lenin, 1902)

¹⁰ “Contestaremos que nuestro movimiento se resiente durante estos últimos años precisamente de que los militantes locales estén demasiado absorbidos por el trabajo local; que por esta razón es necesario desplazar algo, sin el menor género de dudas, el centro de la gravedad hacia el trabajo en plano nacional; que, lejos de debilitar, este desplazamiento dará, por el contrario, mayor solidez a nuestros vínculos y mayor estabilidad a nuestra agitación local.” (...) “los periódicos locales resultan en la mayoría de los casos vacilantes en los principios y faltos de importancia política; en cuanto al consumo de energías revolucionarias, resultan demasiado costosos, e insatisfactorios por completo, desde el punto de vista técnico (me refiero, claro está, no a la técnica tipográfica, sino a la frecuencia y regularidad de la publicación). “No hablemos ya de los intereses generales de todo nuestro movimiento (una educación socialista y política de los obreros basada en principios firmes); también los intereses locales específicos quedan mejor atendidos por órganos no locales” (Lenin, 1902)

Bibliografía

- Broué, Pierre. *El Partido Bolchevique*, 1973. Consultado en https://www.marxists.org/espanol/broue/1962/partido_bolchevique.htm
- Lenin, V.I. *¿Por Dónde empezar?*, 1901. Consultado en <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1901/mayo/001.htm>
- Lenin, V.I. *¿Qué Hacer?*, 1902. Consultado en <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer/>
- Lenin, V.I. *El Estado y la Revolución*, 1917. Consultado en <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/estyrev/>
- Luxemburgo, Rosa. *Problemas organizativos de la socialdemocracia*, 1904. Consultado en https://www.marxists.org/espanol/luxem/04Problemasorganizativosdelasocialdemocracia_0.pdf
- Sáenz, Roberto. *Lenin en el siglo XXI – La vigencia del ¿Qué Hacer? en nuestra época*. Revista SoB 23-24, diciembre 2009. Consultado en <http://www.socialismo-o-barbarie.org/?p=6383>